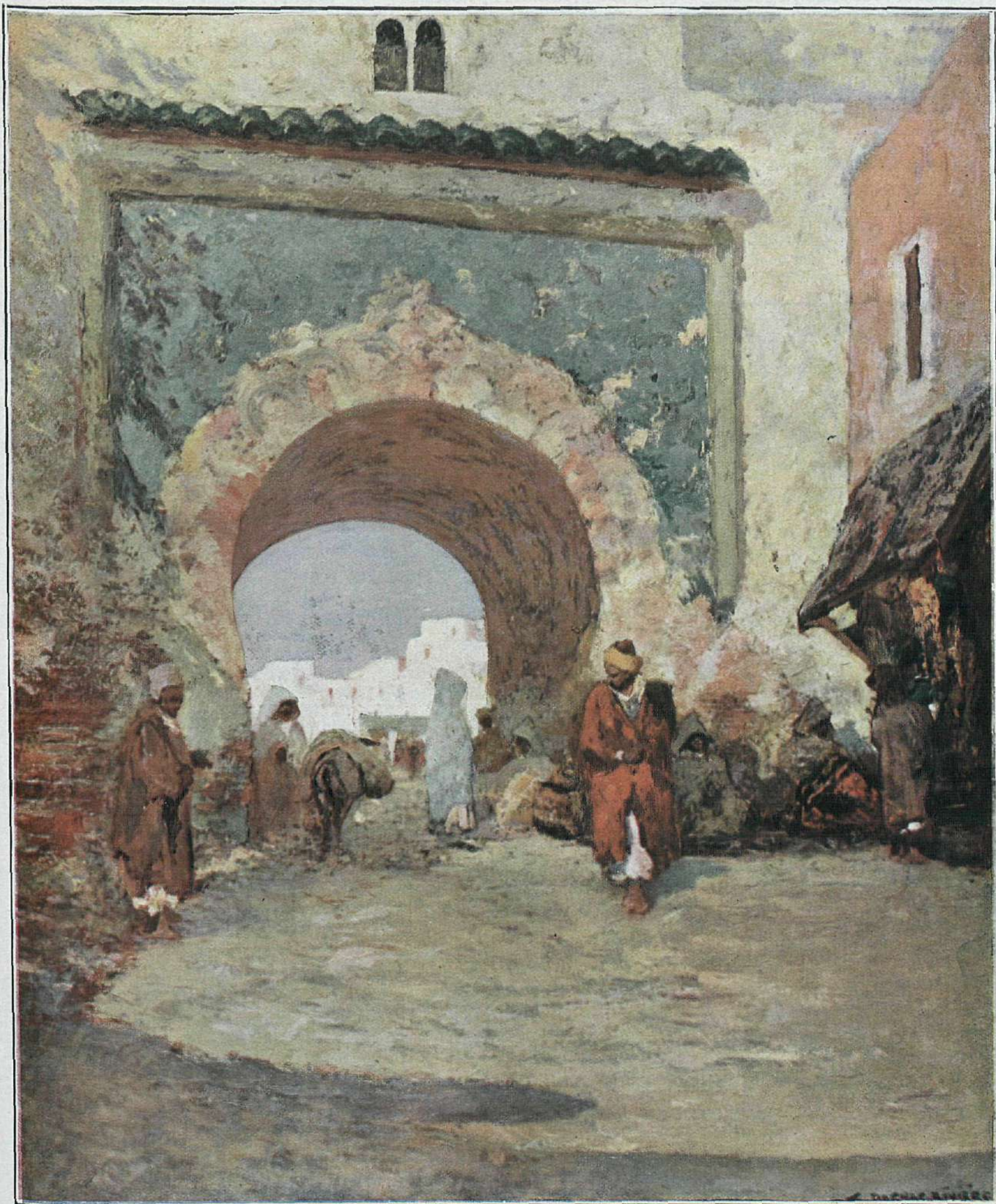


La Esfera

764



«Vida popular marroquí», cuadro de Dagnac Rivière,
que figuró en la Exposición de Arte Francés. Biblioteca Nacional de España

Origin: Ilina nosota

En el palacio de los duques de Medinaceli

La caza del oso en los hielos del Polo Norte y la del león y la pantera en los bosques del Africa Oriental

LA RECIA PERSONALIDAD DE ESTOS VARONES]

VARONES acérrimos en la pelea, leales con sus reyes, magníficos en sus arrogancias, altivos y denodados con los fuertes, sencillos y familiares con los débiles, hombres de altos pensamientos, dispuestos siempre á acometer grandes y peligrosas hazañas, hidalgos de pro que por acrecentar la honra de su casa se arrojaban á cosas magníficas; de esta guisa son los duques de Medinaceli.

El resplandor de este título llena á borbotores la historia de España. Encendidos en la pelea, ningún trabajo de guerra les era nuevo, y en los trances apretados, estos caballeros preferían «rescribir la muerte peleando á salvar la vida huyendo», y eran tan enconados frente al enemigo, que la acometividad y arrojo de estos varones hizo exclamar al capitán inglés Talbot:

—No es prudente pelear con cabeza española en tiempo de ira.

En el gobierno de los Estados daban ejemplo á sus vasallos de sus castellanas virtudes. En las justas y torneos, retan, con asombro de los reyes, de las damas garridas, de las meninas y donceles, á los esforzados campeones que quieran medir su valor con un Medinaceli:

«De todas armas armado
salió un guerrero terrible,
á quien de la frente al pie
pavonado acero viste.»

Si de catadura feroz en la pelea, tenían el rostro hermoso en palacio, y el leve ruido de un chapín hacía brotar un madrigal en los labios del aguerrido caballero, cuya vida era un juego delicado entre el amor y la muerte. La recia personalidad de estos varones bulle en las páginas del Romancero, la única historia verídica de España.

LAS PREEMINENCIAS DE ESTE TÍTULO

Si tuviéramos la envidiable cualidad de un cronista de salones, ¡con qué regusto escribiríamos la limpia y clara genealogía de esta ilustre familia! ¡Cómo daríamos dentera á nuestros camaradas relatando minuciosamente el origen, las prebendas, sinecuras, privilegios y trofeos de la ilustre casa! Conocedores de nuestra alta misión, empezáramos así:

Los señores de Medinaceli tienen la representación legítima de la progenitura de los antiguos reyes de Castilla, como descendientes que son del Infante D. Fernando, hijo mayor del Rey Don Alonso X, *el Sabio*. Del matrimonio de este Infante con doña Blanca, hija de San Luis, Rey de Francia, nació D. Alonso de la Cerda, tronco de la histórica familia, herederos de los derechos de su padre, de los cuales fué despojado por el Rey Sancho IV, *el Bravo*.

«El ducado de Medinaceli fué creado por Enrique IV, quien lo otorgó á D. Luis de la

Cerda, quinto conde de Medinaceli, cuarto nieto de doña Isabel de la Cerda. El duque D. Luis fué un servidor ilustre de los Reyes Católicos.»

Y así seguiríamos solazándonos en contar las grandezas de este título; pero necesitaríamos para esto el espacio de un libro voluminoso y las cualidades narrativas de un cronista moderno de los que saben amalgamar la frivolidad de estos tiempos con el respeto tradicional de antaño.

LAS GRANDES RIQUEZAS QUE ATESORA LA ARISTOCRÁTICA MANSIÓN

Los zapatos plebeyos del cronista han pisado, durante unas horas, las mullidas alfombras del palacio. ¿Cómo anotar á hilo, y minuciosamente, las riquezas que atesora la aristocrática mansión? Arañas magníficas que pesan una tonelada; riquísimos jarrones, fastuosos tapices, mármoles, bronce, estatuas, cuadros... ¿No dan ganas de mirar—hasta gastar los ojos—este bajorrelieve en mármol que representa dos caballos marchando al paso? ¿No ha asegurado Reinach que es obra única? ¿Y esta faz de mármol, ancha, carnosa, serena, no es, quizá, del prócer romano Caninio Rufo, á quien Plinio escribía, con machacona persistencia, que «trabajara en las obras del espíritu por ser las únicas que le pertenecían siempre»? ¿Y este cuadro perdido en la penumbra del pasillo, no es de ese «jornalero de la inmortalidad» que hizo célebre el seudónimo del Greco? ¿Y este labrado banco en cuyo aderezo trabajaron años y años las manos afanosas de sabios artifices, no era el asiento y sillón donde los duques distribuían justicia á sus vasallos? ¿Y este brillante juguete llamado silla de manos no era el estuche que encerraba la delicada belleza, la aristocrática figura de una Medinaceli? ¿Los ojos de magnates y caballeros no lanzarían las centellas de sus miradas á los cristales donde iba encerrada la encantadora dueña? Estos valiosos reposteros que decoran las paredes de las grandes salas, y estos tapices de David Teniers, ¿no quedan olvidados ante la magnificencia de este gran tapiz *El triunfo de Tito*? ¿Y estos mármoles y bajorrelieves de la

época romana? ¿Y estos labrados?... Pero he aquí que cuando el periodista mira á un lado y á otro, buscando nuevas joyas que anotar, un criado abre una portezuela. Y...

EL QUE CONQUISTÓ LA TIERRA CON EL ACERO, CONQUISTA TAMBIÉN EL CIELO CON LA PLEGARIA

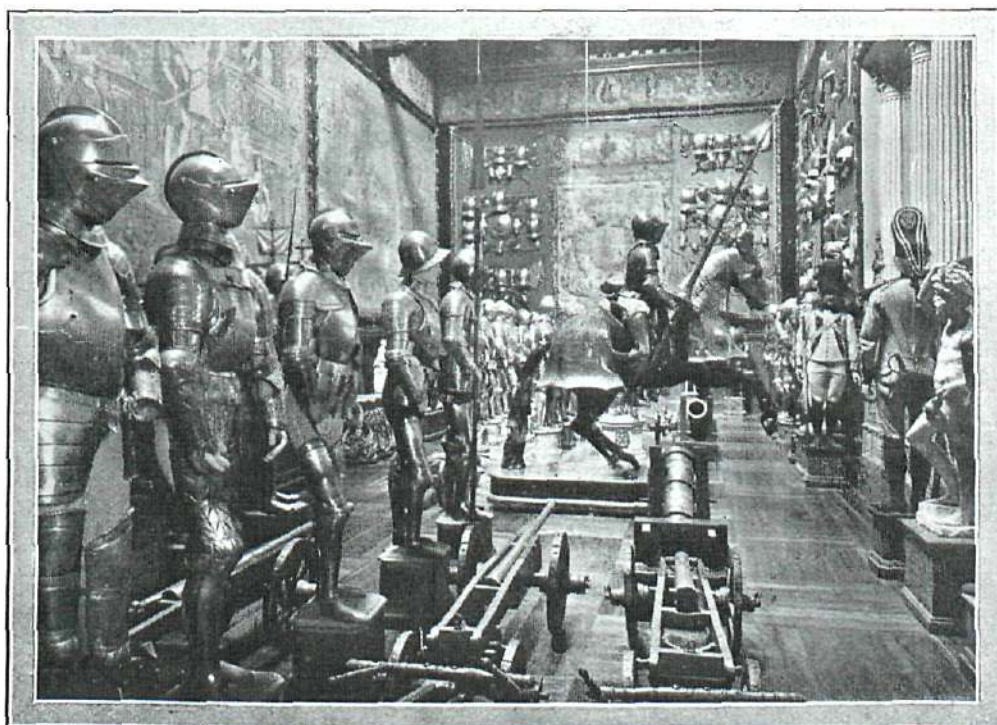
Estamos en la armería de la casa. Es un salón amplio, cuyas paredes decoran trofeos de guerra, banderas y estandartes. Puestas en hilera hay diez, veinte, cincuenta, cien armaduras. En sus férreas manos aprietan partesanas y lanzas. Parece un ejército dispuesto al asalto. En medio de los «caballeros y peones de hierro», cabalga un hijodalgo sobre fuerte alazán, echada la visera, la lanza en ristre, soberbio y arrollador. ¿Sale el caballero á justar en torneo, ó avanza sañudo sobre la hueste mora? El caballo, al ser herido por el acicate, corre como saeta lanzada por nervudo arquero. Este hidalgo, vencedor en lides y en amores, acuchilló en una encrucijada, espada contra espada, á cuatro rufianes; escaló el balcón de una casa en Venecia para llevarse á una dama; peleó en la borda de los galeones mediterráneos contra los piratas barberiscos, secuaces de Barbarroja; retó, mano á mano y á campo abierto, al moro Abenozmán, y en la montaña, en la nave ó en la villa, la cruz de su espada le sirvió de cabezal. Y un día el caballero trocó sus brillantes arcos guerreros por la áspera estameña y dejó el fragor de las batallas por la quietud y silencio del yermo. Del costado donde pendía el bordado tahalí y la brillante herruza, cuelga ahora el cilicio. La mano dura que meneó con tanto valor la espada, se tiende ahora pidiendo una limosna; la genuflexión hidalga se ha trocado en postura mística. El que conquistó la tierra con el acero conquista ahora el cielo con la plegaria.

LA MAGNÍFICA ARMERÍA DE MEDINACELI ES EL GUARDARROPA DE LOS ESPAÑOLES DE ANTAÑO

¿Qué de tesoros históricos encierra la magnífica armería de Medinaceli!

¿Cómo se queda pegado el corazón á estas reliquias! Este es el guardarropa de los españoles de antaño. En la enorme sala, de preciosos artesonados, no caben las armaduras, los mosquetes, los timbales, cañoncitos, espadas, rodela, lanzas, petos, arneses, pistoles, corazas y yataganes. Las rigideces de las armaduras tienen un aire de epopeya. Debajo de esos petos labrados han latido los corazones de valientes compatriotas, de los cuales escribió Hernán Pérez del Pulgar:

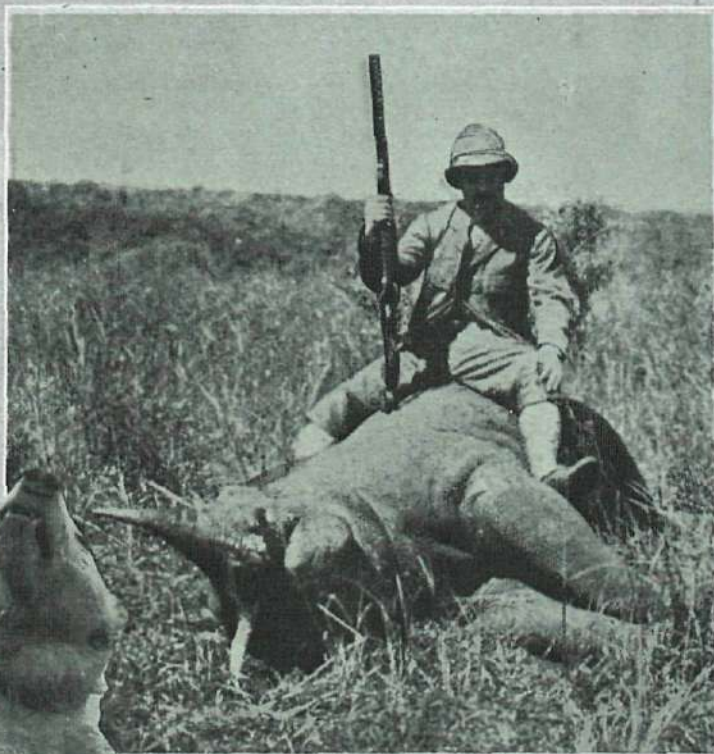
«... Y oí decir de otros castellanos que con ánimo de caballeros fueron por los reinos extraños á hacer armas con cualquier caballero que quiciere hazerlas con ellos, y con ellas ganaron honra para sí y fama de valientes y esforzados caballeros para los hijodalgos de Castilla.»



La magnífica armería del palacio del duque de Medinaceli



Una hermosa jirafa muerta por el duque de Medinaceli durante una expedición cinegética por los bosques africanos



El duque de Medinaceli montado a lomos de un hermoso rinoceronte que remató a tiros en el África Oriental

Aquí está la armadura del duque de Feria; el coselete del hijo del Gran Capitán; la pesada tizona de Londoño ó Mendieta; las enormes partesanas, que no podemos levantar con las dos manos; el chambergo, cuya pluma rozó el suelo en el cortesano saludo; los bordados tahalies; las cazoletas de las espadas donde los bravos españoles bebían vino en los lupanares italianos; los cañones de bronce de las galeas; las recamadas mallas, y los uniformes de los Infantes de Jaén, cuya hueste de 2.000 hombres levantó á su costa el duque de Medinaceli, el año de 1793, para luchar en la guerra contra Francia.

EL APASIONADO INTERÉS DEL DUQUE POR LAS CACERÍAS ARRIESGADAS

Es pesada la herencia de este prócer. Porque va unida á la grandeza hereditaria, la responsabilidad de la jerarquía. Pero el actual duque de Medinaceli sabe mantener y aumentar el brillo de sus blasones. Aristócrata de grandes prendas personales, posee una atrayente sencillez, y de él puede decirse que es hombre agudo y discreto, y de tan gran corazón que ni las grandes cosas le alteran ni le place entender en las pequeñas.

Pero de todas las nobles cualidades que adornan al duque, hay una que atrae con más fuerza la atención del reporter: su apasionado interés por las cacerías arriesgadas; sus viajes á los bosques africanos, donde el rifle del duque ha derribado alimañas feroces; sus marchas por el Polo Norte, donde ha cazado osos y elefantes marinos; sus periplos por la India... Su escopeta ha hecho plegar las alas al rapidísimo alcotán, al águila real y al buitre insaciable. Valiente y certero,

permanece frío é impávido en el peligro. La impronta de sus zapatos ha quedado en las heladas estepas norteyas, en los caliginosos bosques africanos y en la cubierta del buque, en los mares árticos. Y después de estas peligrosísimas correrías, el duque de Medinaceli ha anotado sus impresiones con un claro y sencillo léxico, en libros interesantísimos. Sus *Notas sobre la cacería en el África oriental*

inglesa y Expedición ártica en el verano de 1910 son dos tomos en los que no se sabe qué admirar más en ellos, si la fuerza del relato, tan lleno de aventuras y de incidentes curiosísimos, ó la limpidez y sobriedad de la narración. No hay fábula moderna escrita por el más hábil folclórico que nos haya encantado como estas narraciones del duque escritas para regodeo de sus familiares y amigos. Es un *film* maravilloso, donde queda pegada nuestra curiosidad de hombre sedentario, en la peripécia dramática y aventurera. Para defender la justeza de nuestros asertos, el lector nos va á permitir que insertemos unos trozos de estos libros. Pero antes, con el permiso de usted, vamos á entrar en el Museo del duque de Medinaceli.

OSOS, LOBOS, TEJONES, BUITRES, ÁGUILAS, VENADOS Y ALCES.—LA DUQUESA DE MEDINACELI, GRAN CAZADORA

Este Museo es una maravilla para los ojos. Las grandes salas están llenas de vitrinas, donde los bichos disecados por las habilísimas manos de un taxidermista, nos reciben en sus posturas de ataque ó de descanso. ¿Cómo contar los miles de cabezas que penden de las paredes ó se guardan en las urnas? El más entendido



El duque de Medinaceli con un magnífico ejemplar de oso blanco cobrado en los hielos del Norte

ornitólogo se pasaría días y días estudiando estas mesnadas de pájaros rarísimos. Un profesor de Zoología tendría tema para largas divagaciones frente á estos ejemplares de osos, tejones, lobos, venados y alces cazados por el duque. ¡Qué lástima que la escasez de espacio constriña nuestro relato! Aquí está el insaciable buitres, ese ave de mal agüero, junto á su pariente el «quebrantahuesos» de uñas largas, encorvadas y aceradas. Este ave maligna, cuando tiene gazuza, sorprende á los rebecos al borde de los precipicios, les da un aletazo, los despeña, y luego baja al precipicio y se engulle á su víctima.

Sobre nuestras cabezas se cierne el águila real, de tres metros de larga, de garras como garfios, que vuela sobre el Himalaya. Este bicho rapaz es la independencia, el arrojo y la valentía.

Más allá el águila ratonera que prefiere los robledales y dehesas á las peladas llanuras. Aquí el alcotán vertiginoso, que coge en sus *raids* á las golondrinas y vencejos. El azor, verdugo de la garza, ave immortalizada por los poetas sentimentales y llorones. El negro, maloliente y fatídico cuervo; la sucia graja; la chova, que grita como una comadre irascible; el mochuelo, pájaro de Minerva, signo del brujo y el alquimista en el medioevo; la corneja, de lastimero silbido; la urraca, que todo lo atrapa y esconde el Syllok avícola; el alcaudón, que imita los cánticos de los pájaros que quiere devorar; el gerifalte, el ave más apreciada en cetrería; los gansos marismeros, que toman arena para facilitar la digestión; el cernícalo, la grujilla, las alondras, agachadizas, jilgueros, verderones, carboneros, pinzones, grajos...

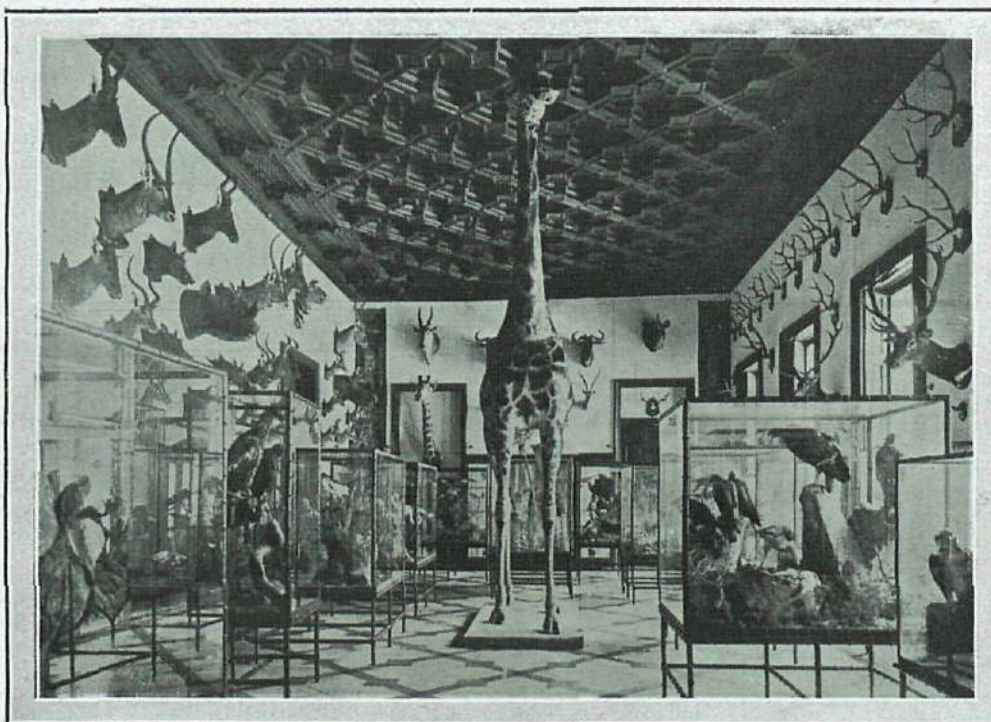
—Estos buitres—me dice mi acompañante señalando al ave glotona—han sido cazados por la señora duquesa de Medinaceli en su finca la Almoraima, en Cádiz.

—¿Le gustan á la duquesa las cacerías?

—¡Muchísimo! Compañera del duque en muchas cacerías, es fuerte en arrojo, denuedo y valentía. Es una magnífica escopeta, como se dice en el *argot* de los cazadores. Mire usted, mire usted—mi amigo señala con el dedo la cabeza de un animal, cuyo belfo se adelanta como el de un caballo—. Este alce (*cervus alces* Linn) fué muerto por la duquesa en Suecia, en el bosque Ramnäs, en Octubre de 1926, en una cacería con los Reyes de aquel país.

EN LAS ESTEPAS HELADAS DEL POLO. LA MORSA, MONSTRUO MARINO, ATACA LA QUILLA DEL «LOFOTEN». SITUACIÓN APURADA. UN TIROTEO DESDE CUBIERTA. EL «DIARIO» DEL DUQUE DE MEDINACELI

Lobos, osos, jabalíes, tejones, venados, focas, oseznos, morsas (el enorme elefante marino),



El Museo de Historia Natural del duque de Medinaceli, instalado en su palacio de Madrid

todo lo que vuela, nada ó corre está encerrado en este Museo de Medinaceli. Presidiendo la juna de animales extáticos, se ve la larguísima jirafa, que mira displicente cómo un oso clava sus puñales en el cuerpo resbaladizo de una foca.

El rifle ducal ha derribado á estos bichos, llenos de belleza y de ferocidad, en la India, en el Africa Oriental, en los bosques de Suecia, en el Polo Norte y en las escarpadas montañas ibéricas.

Vamos á transcribir del *Diario* del duque de Medinaceli algunas peripecias interesantísimas de sus cacerías en el Polo Norte y en el Africa Oriental. En su viaje al Polo llevó por compañeros de expedición al duque de Peñaranda, al conde de Rivadavia, al marqués de la Puebla de Parga, á D. Joaquín Santos Suárez y á D. Francisco Javier de Gisbert. Fletaron para la expedición á los mares del Océano Artico, y para ellos solos, un vapor, el *Lofoten*, de 650 toneladas.

Y dice el duque en su *Diario*:

«Agosto, 14-1910.—Lofoten's bay.—Isla de Robertson. (Tierra de Francisco José.)

«Si la noche del 13 fué una noche de osos, por la frecuencia con que estos animales tuvieron la amabilidad de ponerse al alcance de nuestros rifles, la del 14 fué una verdadera noche de perros. Un mar deshecho, un llo espantoso en las cabinas, porque todo se caía al suelo con gran estrépito; unos tumbos horribles nos imposibilitaron conciliar el sueño, incluso á los que no estábamos mareados.

«Hacia la una de la mañana estamos á la vista de Francisco José, que es la tierra más septentrional del mundo.

«Es una costa casi totalmente cubierta de neveros, que dejan de cuando en cuando descubiertos unos peñascos de basalto. En la bahía donde anclamos por la mañana hay flotantes unos témpanos de grandes dimensiones. Hace un tiempo malísimo, no para de nevar y hay un viento muy fuerte y frío.

«Estábamos tranquilamente en el cuarto de fumar, á las siete y media de la tarde, cuando oímos la palabra *walrus* (que significa morsa). Salimos sobre cubierta, viendo en seguida al monstruo marino nadando á unos veinte metros del costado de estribor del *Lofoten*. Se hundió el animal y volvió á salir á cerca de cien metros por el costado opuesto del vapor. Yo, que tenía ya mi rifle, le disparé un tiro, yendo á dar la bala no lejos de su cabeza. Echamos á suerte para ver á quién correspondía salir en el bote para perseguir la morsa, y á falta de cartas y monedas, que no se encontraban á mano, usamos una caja de fósforos, pues el tiempo apremiaba. Me tocó á mí ir en el bote, y á todo remo nos dirigimos hacia el animal. Este, al ver el bote, lejos de huir, vino hacia nosotros, dándole ocasión al arponero para tirarle el arpón; pero éste erró, según Gisbert, porque la morsa estaba demasiado honda. Esperamos en vano, no viendo nada, por lo cual nos volvimos al *Lofoten*, donde nos dijeron que se veía una morsa en el hielo de la costa; pero tampoco resultó ser cierto, habiendo, sin duda, confundido el animal con alguna roca. Pero antes que saltásemos del bote al vapor se vió perfectamente una morsa que nadaba muy cerca de las peñas de la orilla. A ella nos dirigimos, y como la anterior, en lugar de huir, vino hacia nosotros; pero esta vez el arponero acertó y la enganchó; entonces fué cuando el monstruo, después de mil tirones, salió á la superficie del agua y atacó resueltamente la embarcación; pasando por debajo, aunque, por fortuna, sin tocar la quilla, volvió á salir y á intentar una segunda acometida; pero dos balazos resolvieron la situación, hundiéndose el monstruo sin vida y enrojeciendo el agua con su sangre. Me-



Un enorme ejemplar de morsa, muerta en el hielo por los expedicionarios

día tres metros cincuenta centímetros de largo, y pesaba 622 kilos. (La morsa, llamada también caballo marino, es, indudablemente, uno de los pinnípedos más grandes existentes. Para darse cuenta del tamaño de este animal basta que el lector considere que en nuestro viaje cobramos una morsa que medía más de cuatro metros de largo y pesó 1.200 kilos, y que, aunque buena, no era de las mayores.)»

DESDE EL «LOFOTEN» SE DIVISAN CUATRO OSOS. EL DUQUE DA MUERTE Á UNA OSA. UN MACHO QUE PESA 482 KILOS.

«Agosto 17.—A bordo del *Lofoten*.

«A las once y media de la noche se divisaron cuatro osos: una hembra, dos pequeños y un macho, este último algo separado de los demás. Al ir hacia ellos se vió á la osa y los oseznos nadando por la proa del *Lofoten*. Los perseguimos con el bote, logrando alcanzarlos y dando yo muerte á la madre en el momento que salía del agua, donde fueron laceados con alguna dificultad. Mientras tanto, Hernando y Joaquín salieron en busca del otro oso, matándole el primero y resultando ser un macho hermosísimo, que medía de hocico á rabo tres metros y pesaba 482 kilos...»

A BORDO DEL «GERTRUD WOERMANN». EN EL CORAZÓN DEL ÁFRICA ORIENTAL. AL TIRAR Á UN RINOCERONTE SALEN DE LA SELVA NUEVE LEONES. ROMPE EL FUEGO LA CARAVANA. MUERE UNA LEONA EN LA REFRIEGA. ¡AL CAMPAMENTO!

En Noviembre de 1908, el duque de Medinaceli y el duque de Alba embarcan en Marsella en el vapor *Gertrud Woermann*, con rumbo al Africa Oriental inglesa.

Y dice el duque de Medinaceli en su *Diario*:

«Viajaba á bordo del *Gertrud Woermann* el sultán de Zanzibar, á quien recordaba, sin conocerle de nombre, por haberle visto jugarse el dinero con la mayor despreocupación en el Casino de San Sebastián. Le acompañaba un secretario blanco, cuya cara de todo tiene menos de santo. También viene un príncipe de Radziwill, alemán, que va á cazar al Africa oriental alemana y se propone volver por el Congo.»

Ya en el corazón del Africa, los rifles de los duques de Medinaceli y de Alba ametrallan búfalos, cebras, impalas, jirafas, jabalíes de verrugas, rinocerontes, hipopótamos, leones, panteras y chacales.

He aquí unas páginas del interesantísimo *Diario* del duque de Medinaceli en sus correrías por los lagos y bosques africanos:

«Acompañados del guía *wakamba* (tribu de aquel país) abandonamos el campamento, y nos



El duque de Medinaceli y la primera morsa matada por él en los mares del Océano Ártico. El monstruo marino atacó furiosamente la quilla del «Lofoten», poniendo en grave peligro la vida de los audaces viajeros

llevó á atravesar el Athi por un lado bastante practicable. En seguida nos pusimos á cazar, y aunque vi bastantes congonis y *water-bucks*, no los tiré por no meter ruido, por si había animales grandes. Hice bien, pues al poco tiempo vimos dos rinocerontes que corrían delante de nosotros y salieron por una laderilla de enfrente bastante de prisa. No eran muy grandes; pero nos reunimos todos, y apenas hubimos subido la cuesta, nos los encontramos á sesenta pasos y maté yo uno... Después de almorzar nos avisaron que había un león comiéndose uno de los congonis que yo había muerto por la mañana, y nos dirigimos al lugar indicado... Dubois nos dijo que veía un cochino enorme, y resultó ser un rinoceronte. Jimmy (nombre familiar del duque de Alba) y Dubois dispararon; pero llevaban cargados los rifles con balas de punta de plomo, y aunque le pegaron no se quedaron con él. Le seguimos, y al llegar á una especie de cañada nos salieron nueve leones; salimos corriendo y rompimos el fuego todos, hiriendo Jimmy á una leona que se metió en un espesor muy grande; le rodeamos y todos tiraron; los somalis, muy excitados, tiraron sin apuntar, y la leona hizo ademán de cargar, dando unos rugidos tremendos; por fin se la remató, y fué un gran regocijo en el campamento al ver la llegada del gran felino.»

UN ENORME ELEFANTE AVANZA SOBRE LOS CAZADORES, QUE LE «DISPARAN» UNA PLACA FOTOGRÁFICA

«Enero 4.—Africa Oriental.

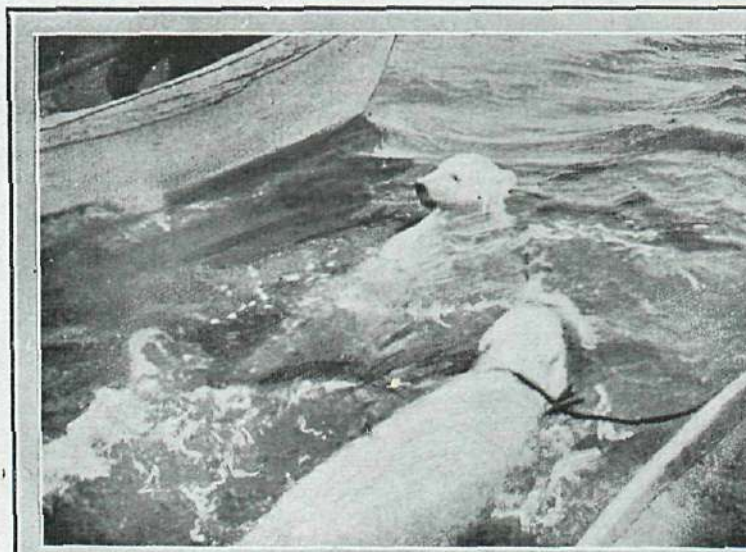
«Nos sentamos debajo de un grupo de árboles para esperar á la *safari* (caravana), y cuál no fué nuestra sorpresa al ver á un elefante pasar á 50 metros de nosotros, tranquilamente; cogimos nuestros aparatos fotográficos, y yo, que poseo una máquina bastante complicada, me equivoqué, y no pude sacar ninguna vista. Jimmy sí logró hacerlo. Seguimos durante unos 500 metros al animal, que nos ganaba terreno, cuando le vimos cambiar de rumbo y venir hacia nosotros tranquilamente, moviendo sus inmensas orejas. El momento fué emocionante; los somalis, excitadísimos, no hacían mas que gritar: ¡shoot!, ¡shoot! (¡tíre!, ¡tíre!). Los calmamos como pudimos; Jimmy sacó una fotografía y cogió el rifle, pues el animal se acercaba muchísimo. Estuvo muy tentado de tirarlo; pero le calmé y desistió. Protegido por el rifle de mi compañero, pude, con toda tranquilidad, sacar una foto al gigantesco paquidermo á veinticinco pasos.»

UN BRAVO Y MAGNÍFICO LEOPARDO, AL VERSE ACORRALADO, PROFIRIENDO TREMENDOS GRUÑIDOS, CARGA FURIOSAMENTE CONTRA TODOS. ES MUERTO Á SEIS PASOS DE LOS CAZADORES, QUE HAN CORRIDO EL GRAVE PELIGRO DE SER DEVORADOS

«Enero, 22. Africa Oriental.

«Por la mañana fuimos á visitar dos *kills* de la víspera, es decir, el *water-buck* que maté el día anterior, á última hora, y otro que cobró Jimmy. En el primero había numerosas trazas de hienas y chacales, pero ninguna de león. Bastante antes de llegar al segundo *kill* vió Dubois un leopardo que se retiraba después de haber compartido con las hienas la carne de mi primer *water-buck*. Le hicimos galopar por los somalis Askaro y Osman, el desollador de pájaros; el animal se aculó apenas hubo andado cien metros. Se refugió el leopardo debajo de un árbol seco y quemado, y allí estaba cuando nos acercamos nosotros, que acudimos llamados por los caballistas. Nos acercamos á cuarenta pasos y yo le disparé con el 465, y le di un rasponazo. Al ruido del disparo intentó huir; mas viéndose entre los caballos y nosotros, y no viendo salida, cargó furiosamente contra todos con la boca abierta, los pelos erizados y profiriendo tremendos gruñidos; le tiré dos tiros con el *express* grande; pero sólo uno hizo blanco, y me quedé con el rifle vacío, y el último disparo hecho por uno de los somalis le produjo la muerte cuando llegaba á seis pasos de nosotros.»

JULIO ROMANO



Captura de oseznos con lazo en los mares árticos



Un precioso ejemplar llevado á bordo del «Lofoten»